

## *Moralidades sociotécnicas: recorridos y reflexiones sobre prácticas de trabajo y cuidado entre grupos domésticos potiguaras de la aldea de Jaraguá y criadores de ganado de Piancó, Paraíba (Brasil)*

MARIANNA DE QUEIROZ ARAÚJO<sup>1</sup>  
JOELMA BATISTA DO NASCIMENTO<sup>2</sup>  
CARLA GOLÉ<sup>3</sup>

Este artículo tiene como foco principal analizar las prácticas de trabajo y cuidado sin atribuirles características naturales y exclusivas en relación con determinado género masculino o femenino. Proponemos utilizar como herramientas conceptuales las experiencias vivenciadas por campesinos e indígenas en Paraíba (nordeste de Brasil) y los diversos elementos de los ambientes los que se encuentran, lo que da lugar a actividades productivas y de consumo orientadas a las necesidades de sus grupos domésticos<sup>4</sup>.

En nuestros contextos etnográficos, el trabajo<sup>5</sup> está orientado a la organización doméstica, basada en una división sexual entre roles femeninos y masculinos muy variada, al igual que la extensión y rigidez de la separación entre tareas (Durham, 1982). Como se verá, estas labores cobran vida a partir de una serie de recursos experienciales derivados de las actividades cotidianas. En otras palabras, muchos de los aspectos identificados en las prácticas sociales de mujeres y hombres pueden variar de acuerdo con su situacionalidad.

Como señalamos anteriormente, los contextos etnográficos estudiados, situados espacialmente en localidades con diferentes características ambientales y roles sociales de género con mayor o menor grado de flexibilidad, ofrecen un espectro complejo para pensar las relaciones de trabajo y cuidado. En ambos casos, los miembros de los grupos domésticos comparten una moralidad sociotécnica (Nascimento, 2021) para generar y administrar los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades materiales e inmateriales, que contribuyen a la sostenibilidad de la vida a través del cuidado (Araújo, 2023).

Entre los pueblos de base agrícola, históricamente se ha señalado la preeminencia de cierta eficacia del rol masculino sobre el femenino (Meillassoux, 1977). Sin embargo, se observa que entre los potiguara, a pesar de que las relaciones están marcadas por el predominio masculino, hay mujeres que ocupan papeles de

---

1 UFPB, Brasil.

2 UFSC, Brasil.

3 UBA, Argentina.

4 Estos, generalmente, están conformado por individuos pertenecientes a tres generaciones o más, formando un grupo local que conecta, a través de modalidades específicas de cooperación, diversas unidades habitacionales, constituyendo *grupos domésticos* agregados (Wilk, 1984).

5 Cabe señalar que el trabajo sigue estando vinculado a la dimensión masculina, lo que ha dado lugar a muchas críticas sobre la invisibilidad del trabajo de las mujeres (Dainese, 2020; Heredia, 1979; Paulilo, 1987; 2021). Porcher y Schmitt (2010) también defienden la necesidad de reformular los supuestos de estas categorías por su carácter excluyente, pero en este caso, de los animales, ya que sin su colaboración el trabajo de los agricultores no existiría.

liderazgo, administrando los bienes familiares. En este proceso, tanto hombres como mujeres asumen tareas para garantizar la obtención de recursos, lo que acaba influyendo en los modelos de género, principalmente a través de la división sexual del trabajo. De esta forma, la cooperación entre los miembros se rige por posiciones simétricas y asimétricas. Es posible afirmar que a partir del éxito de sus habilidades y prácticas, provenientes de una tradición de conocimiento local (Ingold y Kurttila, 2000), las mujeres no son meras socias de los hombres, sino que tienen un papel situacionalmente preponderante en este contexto de necesidad práctica (Paulilo, 1987 y 2014).

En el caso de los criadores, un aspecto central de la faena con el ganado es el cuidado continuo de la alimentación de los animales. En Piancó, la base de este eje es la pastura, que florece y se revitaliza con las lluvias del invierno. Con la interrupción del ciclo pluvial durante el verano los pastos continúan siendo un alimento importante para el ganado, solo que, a medida que transcurren los meses estivos estos se secan y su suministro disminuye. Los criadores no disponen de recursos suficientes para alimentar a todos sus animales con raciones suplementarias y, entre ellos, priorizan a las vacas lecheras para no interferir acortando su ciclo de lactancia. Como veremos, esta característica medioambiental no es un factor de determinismo biológico, en el sentido de imponer a los hombres una incapacidad para llevar a cabo sus actividades agropecuarias. Es, sobre todo, un disparador de orden moral para la formación de redes de cooperación entre hombres, en las que comparten conocimientos y asociaciones para producir pastos, intercambiar favores para alimentar y calmar la sed de los animales en la sequía (verano).

Desde el punto de vista teórico, nuestro enfoque contribuye a criticar una serie de dicotomías, especialmente las que oponen “naturaleza y cultura”, pero también “femenino y masculino”, “técnica y tecnología”, “objeto y sujeto”, “individuo y sociedad”, “campo y ciudad” (Mura, 2011; 2019; Gomes De Almeida Filho y Di Deus, 2019; Padawer, 2020; Mura y Padawer, 2022). Como señalan Mura y Padawer (2022), se trata de una crítica principalmente en términos metodológicos y heurísticos, orientada por la reflexión sobre los vínculos entre los seres humanos con el entorno que habitan (p. 2).

Siguiendo los aportes de Ingold (2000; 2010), las actividades prácticas realizadas en interacción con el entorno habitado llevan a la adquisición de habilidades, a través de la “educación de la atención” y del tiempo. De este modo, se parte de la conceptualización del conocimiento como “un saber-hacer técnico donde las relaciones de los humanos y/o en el ambiente se redefinen de manera permanente y cotidiana” (Padawer, 2020, p. 12).

De acuerdo con Mura (2011), este saber-hacer práctico resultante de la concatenación causal de las performances de sujetos variados, tanto por su posición social como por sus competencias, se vincula a la configuración de los sistemas sociotécnicos (p. 112). Estos no están predefinidos, sino que son el resultado de una construcción basada en “un juego de fuerzas ejercidas por intereses diversificados de sujetos que pueden pertenecer a familias, grupos sociales y étnicos diferentes, manifestando visiones del mundo, competencia y objetivos técnicos diversificados y, algunas veces, divergentes” (p. 112-113), por eso también se encuentran en continua transformación.

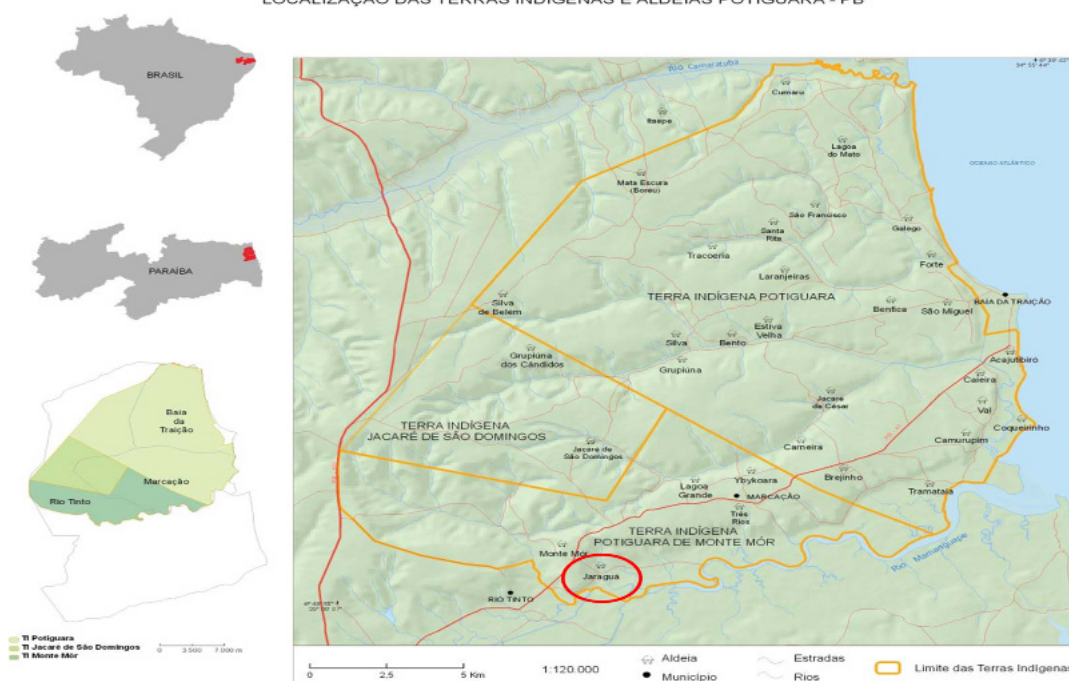
En este análisis, los factores técnicos y morales son fundamentales y aquí se les prestará especial atención. Esta perspectiva también privilegia la importancia de considerar las descripciones realizadas por los sujetos sobre sus prácticas, así como la observación de sus espacios de trabajo, para evitar dicotomizaciones o clasificaciones rígidas. Etnografiar dichas prácticas potencia la comprensión sobre la creación de repertorios técnicos novedosos vinculados a la realización de actividades “tradicionales”, así como sobre las marcaciones y des-marcaciones alrededor de distintos sentidos y roles sobre el trabajo en contextos de transformación ecológica, económica y social (Golé, 2023 en prensa). Siguiendo este enfoque, centrado en las prácticas a través de las cuales se configuran los sistemas sociotécnicos, en los siguientes apartados se presentan las diferentes experiencias de moralidades sociotécnicas vividas por hombres y mujeres que permiten reflexionar sobre la centralidad de las relaciones de cuidado y trabajo que garantizan las condiciones para la sostenibilidad de la vida (Araújo, 2023). El primer caso se refiere al pueblo indígena potiguara en la aldea

de Jaraguá (en el litoral norte de Paraíba), mientras que el segundo se refiere a los criadores de ganado en Piancó (en el sertón<sup>6</sup> de Paraíba).

## Procesos de socialización, transmisión y circulación de conocimientos sociotécnicos y moralidades entre los potiguara de la aldea de Jaraguá, PB

Los Potiguara ocupan un territorio tradicional en la costa atlántica norte de Paraíba, en la desembocadura del río Camaratuba y en aquella del río Mamanguape, al norte limita con el municipio de Mataraca y al sur con el de Rio Tinto. El territorio en su posesión es de aproximadamente 33.757,7329<sup>7</sup> hectáreas y en términos ecológicos tiene remanentes de la Mata Atlántica, acantilados, suelo arenoso arcilloso y relieve suavemente ondulado. La presencia indígena se extiende por 32 aldeas en tres tierras indígenas contiguas<sup>8</sup> en los municipios de Baía da Traição, Marcação y Rio Tinto. También en otros municipios de Paraíba, incluida la parte urbana, e incluso en otros estados (Lucena, 2016; Araújo, 2017).

LOCALIZAÇÃO DAS TERRAS INDÍGENAS E ALDEIAS POTIGUARA - PB



Localización de las tierras y aldeas Potiguara. Fuente: CARDOSO *et al.*, 2012

En términos de ocupación, los Potiguara nunca abandonaron su territorio (Moonen y Maia, 1992; Palitot, 2005 y Vieira, 2012). A partir de la conquista europea, fueron obligados a asentarse en aldeas y atravesaron diferentes procesos de “territorialización” (Oliveira, 2004). En la década de 1970, debido a los efectos

- 6 Región semiárida del nordeste brasileño caracterizado por las escasas precipitaciones, un relieve que combina mesetas y llanuras y una vegetación arbustiva llamada *caatinga*. Abarca parte de los estados nordestinos de Piauí, Ceará, Rio Grande do Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas, Sergipe, Bahia y una franja del norte de Minas Gerais.
- 7 Información obtenida a partir de datos del Distrito Sanitario Especial Indígena o DSEI Potiguara del Ministerio de Salud.
- 8 El conjunto de las aldeas constituye tres Tierras Indígenas (TIs) contiguas, completando un total de 33.757 hectáreas. La TI Potiguara (con una población de 8.109 personas), la TI Jacaré de São Domingos (449 personas) y la TI Potiguara de Monte Mór (4.447 personas) (CARDOSO e GUIMARÃES, 2012, p. 15).

del largo proceso de colonización y al mantenimiento de un modo de vida ligado a la tierra, fueron tratados como “indios campesinos” (Amorim, 1970). Dada esta historia, ciertas prácticas han tenido mayor continuidad a lo largo del tiempo y lograron reproducirse dentro de los grupos domésticos<sup>9</sup> potiguaras.

La dimensión doméstica centrada en la organización de los grupos y sus ecologías ha sido poco abordada en los estudios etnológicos como base central de la estructura social. Se puede afirmar que casi todas las actividades técnicas y económicas desarrolladas por los Potiguara tienen como punto de partida y de llegada la unidad doméstica. Las actividades realizadas se destacan por su gran complejidad y variedad. Están constituidas por un registro preciso de los conceptos y los procesos técnicos locales organizados por los miembros de los grupos domésticos a partir de experiencias y conocimientos generados en la práctica, por medio de condiciones sociales que les son propias (Araújo, 2022).

En Jaraguá, la mayoría de los terrenos destinados a vivienda son compartidos por miembros de una misma familia. En cuanto a la organización de los grupos domésticos, se ubica la casa de los padres y en sus proximidades aquellas de los hijos casados. Cuando estas últimas no están construidas en los alrededores de las casas paternas, se encuentran a pocos metros de la suya, formando así familias de tres generaciones. En las urbanizaciones, las familias establecen lazos sociales y de apoyo mutuo para sustentarse en situaciones difíciles, tanto el espacio interior como el exterior de las casas albergan actividades generadoras de ingresos.



Vista desde la ladera de Jaraguá camino Rua da Gameleira, noviembre de 2021. Foto de Marianna de Queiroz Araújo

La participación efectiva de los miembros del grupo en las actividades domésticas, de pesca, agrícolas y de recolección constituyen aspectos productivos para la obtención de recursos de forma directa y/o indirecta. Dependiendo del contexto situacional, las mujeres pueden asumir las tareas asignadas a sus maridos en caso de enfermedad o cuando estos deben salir de la aldea. En otras palabras, la dinámica social y económica de las familias impone una redefinición frecuente de los papeles que deben desempeñar hombres y mujeres<sup>10</sup>.

9 En términos organizativos lo que podemos identificar como a unidad social básica de los potiguara son los *grupos domésticos* o también “casas focales” (VIEIRA, 2012).

10 Cabe señalar que en ciertos grupos indígenas existe una diferenciación de género muy marcada, mientras que en otros es menos rígida, es decir, muchas tareas determinadas como para la mujer también pueden ser compartidas con el hombre

Por lo tanto, la división del trabajo no es rígida al punto de que haya ciertas tareas asignadas únicamente a hombres o a mujeres. La realización de las tareas cotidianas es responsabilidad de todos los miembros del grupo que combinan al menos dos actividades. Esto se debe a que los grupos domésticos que ponen en práctica un conjunto de obligaciones variadas generalmente necesitan la contribución laboral permanente de todos los miembros, ya que su fuerza de trabajo es decisiva para llevar a cabo las actividades más diversas. De esta forma, prevalece la ayuda mutua para atender a la unidad doméstica como unidad de cooperación económica (Araújo, 2022).

Las obligaciones dentro de los grupos domésticos están prescritas desde muy temprano y varían según la edad. Los niños tienen sus propias tareas, consideradas de “ayuda”, cuya finalidad consiste en contribuir a las de los adultos. El aprendizaje tiene lugar mediante la observación y la participación. Por ejemplo, las niñas aprenden de sus madres, tías y/o abuelas a limpiar la casa, cocinar y cuidar de sus hermanos pequeños. Por su parte, los niños aprenden de sus padres, tíos y/o abuelos a cuidar de los animales, pescar y recoger crustáceos, así como a cultivar el campo. Pero es importante subrayar que este aprendizaje también se produce entre los diferentes géneros. Las actividades de niñas y niños son una constante y en gran medida se distribuyen en función de la división sexual del trabajo. A los niños se los convoca a las actividades realizadas fuera de la casa, mientras que a las niñas se las llama a las tareas domésticas. Con el paso del tiempo, estas obligaciones se flexibilizan, sobre todo para las mujeres, que tienen la posibilidad de realizar cualquier actividad. Las tareas se enseñan a una edad temprana: a los siete años, las niñas ya están aprendiendo las labores del hogar, mientras sus padres se dedican a la pesca y la agricultura. Empiezan a aprender las tareas domésticas haciendo pequeños trabajos como “ayudantes” para posteriormente asumir mayores responsabilidades sobre las cosas y las personas de la casa, lo que significa acumular y conciliar actividades. Hay un aprendizaje práctico, producido en el hacer las cosas (Lave y Wenger, 1991); las generaciones utilizan sus conocimientos a través de la experiencia, hasta el punto de desarrollar habilidades técnicas (Ingold, 2010 y 2016). Además, las infancias reproducen en sus juegos los conocimientos relacionados con las actividades que aprenden en su vida cotidiana. La imagen inferior muestra un pequeño horno carbonero construido por dos amigos. Es un juego que se configura como un aprendizaje adquirido en la experiencia diaria.



Luiza y Messi, diciembre de 2021. Foto de Marianna de Queiroz Araújo

---

y viceversa, lo que resulta de transformaciones en los propios grupos. Estas especializaciones definidas por la división del trabajo se basan sobre todo en características físicas de fuerza y en creencias sobre la fragilidad y vulnerabilidad de las mujeres (Paulilo, 1987 y 2014). Los estereotipos asociados a los tipos de ocupaciones y a su desempeño se rompen si se comparan y confrontan con lo que hacen los miembros de los grupos domésticos analizados, en los que los trabajos vistos como “pesados” y como “ligeros” ya no pueden asociarse a modelos predeterminados, pues van más allá de ellos (Paulilo, 1987). De este modo, esta diferenciación es bastante imprecisa y tiene marcados rasgos culturales, ya que lo que se considera trabajo “ligero” o “pesado” puede variar en función del contexto.

El interés radica en la forma en que reproducen lo aprendido, lo que les permite adquirir la responsabilidad de las tareas domésticas. Esto corrobora el planteo de Cohn (2013) sobre la experiencia infantil y, en particular, la experiencia corporal de los niños, como relevante para la fabricación del cuerpo y la persona como elementos cruciales para entender la sociabilidad.

En relación con estos aspectos, Mauss llama la atención sobre los procesos de imitación:

El niño, como el adulto, imita actos exitosos que ha visto realizar a personas en las que confía y que tienen autoridad sobre él. El acto se impone desde fuera, desde arriba, incluso un acto exclusivamente biológico, vinculado con el cuerpo. El individuo asimila la serie de movimientos de los que se compone el acto realizado frente a él o con él por otros. Es precisamente en esta noción del prestigio de la persona que realiza el acto ordenado, autorizado, probado, en relación con el individuo imitador, donde tiene lugar todo el elemento social. En el acto de imitación que sigue, tienen lugar el elemento psicológico y el elemento biológico. Pero el conjunto está condicionado por los tres elementos indisolublemente mezclados (MAUSS, 1974, p.405).

En estos términos, es necesario comprender cómo, en función de la edad y de los lazos de consanguinidad, afinidad y/o vecindad, se delinear los roles de género, demarcando expectativas de comportamiento que se generan a partir de preguntas básicas como “qué se espera de una niña/mujer” y “qué se espera de un niño/hombre”.

Como señalan Wilk y Netting (1984), las ideas, normas y valores de las personas en relación con su vida doméstica son un importante condicionante de su comportamiento. Para Berger y Luckmann (1985), la realidad es compartida entre los individuos, a partir de modos de interacción que se experimentan cotidianamente, en los que los grupos tienen modos de referencia para las acciones de sus miembros, basados en criterios que dan sentido a su existencia.

Podemos entender que las personas siguen determinadas lógicas socialmente moldeadas, que se actualizan continuamente a partir de las experiencias cotidianas reales que se presentan a los sujetos que se encuentran en diferentes posiciones sociales -y que, por lo tanto, tienen determinadas explicaciones para los acontecimientos, de acuerdo con sus experiencias y juegos sociales-. Cuando estos códigos se transmiten a otras personas, se convierten en claves de conocimiento (Elias, 1980; Barth, 2000).

En “Cosmologies in the making” (1987), Barth aborda la construcción de tradiciones de conocimiento en Nueva Guinea y encuentra fundamental comprender cómo se construye y transmite el conocimiento. El autor lo define como algo que se genera a partir de la experiencia de las personas:

Por lo tanto, la antropología de cualquier tradición particular de conocimiento debería, sobre todo, ser invitada a explicar cómo ciertas composiciones y distribuciones de conocimiento son (re)producidas y modificadas, en este caso, cómo los procesos de codificación, transmisión y creatividad en la cosmología Ok pueden generar una variación en los registros etnográficos, y no buscar entender cómo el primer conocimiento puede haber surgido. Esto implica una perspectiva marginalista: ¿cómo cambios pequeños pero acumulativos pueden remodelar el carácter de grandes instituciones colectivas? (BARTH, 1987, p.84).

Estos comportamientos operatorios se centran en obligaciones morales<sup>11</sup> a través de la puesta en común de intereses y el intercambio de actividades. Como tales, los sistemas de valores están asociados a un conjunto

---

11 Es importante nunca perder de vista que la organización de una lógica moral está sujeta al condicionamiento de afectos y desafectos, implicando movimientos tensos y conflictivos que se despliegan en acuerdos y permiten comprender las experiencias de los sujetos (Koury, 2016). En lo que se refiere a las producciones antropológicas centradas en la discusión del lenguaje moral, todavía se destaca Didier Fassin por sus importantes reflexiones sobre los problemas morales y su tratamiento: al valorizar una cierta unidad cultural, que es la del grupo analizado, e incluso si esta unidad se

de acciones que podrían ser engendradas, en este caso, por una interrelación entre actores que se conectan a través de relaciones económicas que implican *moralidades sociotécnicas*<sup>12</sup> (Nascimento, 2021).

Aquí se trata de considerar que las actividades implican obligaciones morales y cooperación. Es interesante tener en cuenta que la organización doméstica se compone de actividades complementarias, en las que hombres, mujeres y jóvenes trabajan en funciones diferentes, similares o iguales, que se entrecruzan. Como decían a menudo nuestros interlocutores, una “complementa a la otra”. En estas iniciativas puede verse una importante red de solidaridad. Analizándolo desde el ángulo de la economía de grupo, los cambios en las estructuras familiares dialogan con sus dinámicas, ya sean sociales, personales o de valores. Asimismo, la división económica del trabajo y sus particularidades interactúan tanto en términos de afecto familiar como de apoyo económico y financiero para el mantenimiento del grupo doméstico.

### Cuidados, trabajo y relaciones

Las mujeres combinaban el trabajo doméstico con la siembra, la pesca y la cría de animales para subsistir, acumulando una serie de responsabilidades dentro y fuera del hogar (que se acentuaban cuando los hombres estaban ausentes, especialmente cuando tenían que ir al manglar a pescar o cuando trabajaban en los ingenios azucareros).

Ajustamos nuestra mirada para comprender cómo las mujeres concilian sus actividades. En este ejercicio, destacamos también la participación de los hombres. Siguiendo a Ferreira (1997), entendemos que los estudios desde una perspectiva de género se basan en las relaciones sociales entre hombres y mujeres y no en analizar a uno u otro aisladamente. Además, dicho enfoque no se guía por jerarquizaciones clásicas que describen ciertas actividades como más masculinas por el supuesto hecho de exigir más energía y fuerza (Paulilo, 1987 y 2014).

El trabajo de cuidado del hogar y de los hijos se atribuye en gran medida a las mujeres como un deber. En este sentido, el cuidado y la asistencia conforman un conjunto de actividades destinadas a proporcionar a las personas bienestar físico, mental y emocional. El cuidado de los hijos recae en las mujeres, y el de los mayores, ya sean padres o suegros, también, sean estas hijas o nueras. En este sentido, el cuidado de los ancianos no sólo implica un sentido de la responsabilidad, sino también de la moralidad.

Se observa que las mujeres, por su trabajo reproductivo y productivo, ambos asociados a la esfera pública y privada, tienen un papel vinculado al cuidado, así como a producir las condiciones para que las personas nazcan y se mantengan sanas. En este sentido, se tiende a valorar el círculo familiar amplio, reconociendo ciertas “ventajas” de vivir con parientes que ayudan en las tareas domésticas y en el cuidado de sus integrantes.

La moralidad del cuidado nos remite a los vínculos a través de los cuales este es generado. La obligación de cuidar nos permite situar, valga la redundancia, al cuidado en una perspectiva que desencadena dimensiones

---

construye sobre oposiciones entre sistemas de valores, se trata de mostrar que, más allá de las variaciones individuales, existen coherencias que permiten definir con precisión las morales locales (Fassin, 2018, p.15).

12 Cabe señalar, no obstante, que las experiencias no pueden entenderse como espontáneas, ni su acumulación puede interpretarse como una simple suma temporal de estos comportamientos operatorios (Leroi-Gourhan, 1965). Existen formas de relacionar y jerarquizar estas experiencias y los conocimientos y habilidades que se derivan de ellas, y tal organización se realiza mediante una tradición de conocimiento (Barth, 2000 [1989]). Al realizarse en lugares y entornos con características específicas, permite la producción de un conocimiento tradicional local (LTK), en los términos de Ingold y Kurttila (2000), por lo que puede considerarse una tradición de conocimiento local. En el caso de los Potiguara, esta tradición se desarrolla teniendo como eje organizador los grupos domésticos. En esta dirección, contamos con las consideraciones clásicas de R. Firth (1974), cuando afirma que las relaciones económicas establecidas entre los miembros de los grupos domésticos se basan en fundamentos morales, a través de la reciprocidad y la redistribución, lo que contribuye a la reproducción del grupo (Firth, 1974, p.139).

emocionales y afectivas. Implica una responsabilidad, es decir, vínculos que implican generar, alimentar, proteger y dedicar tiempo a otras personas (Carsten, 2004).

Son la moral y los lazos sociales los que activan las donaciones (mutuas) y las actividades asistenciales de carácter técnico (lavar, vestir, dar de comer, cocinar, hacer la compra, pagar las cuentas...), también la responsabilidad del cuidado y el afecto que recae mayoritariamente en las mujeres y refleja sus roles y las etapas del ciclo de desarrollo de sus respectivos grupos domésticos (Fortes, 1958). Por tanto, la configuración de los grupos se refleja directamente en la cantidad de tareas domésticas y de cuidados a realizar y en la ayuda disponible. Esta composición influirá en la utilización del tiempo de las mujeres para las diferentes actividades que realizan, lo que se traducirá en una mayor o menor disponibilidad de tiempo para realizarlas. Si los/as hijos/as son más pequeños y dependientes, se necesitará más tiempo para realizar las tareas, mientras que, si son mayores, es posible dividirlos (Bezerra et al., 2019).

La economía del cuidado, por consiguiente, se orienta hacia la sostenibilidad de la vida en todos sus aspectos y, para ello, abarca todas las esferas vitales, así como las políticas de orden económico, comercial, medioambiental y social, que se conectan mediante los cuidados (Esquivel, 2011).

El cuidado del hogar es descrito por los interlocutores como agotador. Cualquiera que cuide de un hogar sabe que tiene que dedicar gran parte de su tiempo a realizar tareas como ocuparse de los animales, hacer la comida, lavar los platos y la ropa, barrer la casa, así también planificar el menú, comprar los alimentos, cocinarlos, poner la mesa y finalmente poder comer. Estas actividades requieren tiempo y energía. Lo mismo ocurre con llevar a los/as niños/as limpios/as, alimentados/as y vestidos/as a la puerta del colegio cada día. Hay tantas etapas en el cuidado de la familia que no siempre nos damos cuenta del tiempo que realmente dedicamos a estas tareas. Todas estas relaciones están reguladas por factores morales, temporalidades y planificaciones.

El conjunto de tareas orquestadas proviene de competencias técnicas, toma de decisiones y estrategias productivas, desarrolladas en diferentes espacios, que ilustran la centralidad de las mujeres<sup>13</sup>. Al actuar en las esferas social, política, económica y ambiental, las mujeres potiguaras de la aldea de Jaraguá participan en la toma de decisiones y en la planificación de acciones con ciertos grados de autonomía, que varían de acuerdo con sus respectivos grupos domésticos, trascendiendo los límites de las tareas consideradas propias de su sexo.

### **Moralidad sociotécnica: familia, cuidados, actividades domésticas, trabajo y ganado**

Pasemos ahora a considerar el segundo caso de moralidad sociotécnica, entre criadores de ganado en la región semiárida paraibana. Empecemos por resaltar la importancia de la dinámica alimentaria de los animales en el modelo de cría suelta, siendo la pastura natural su base. El clima semiárido, dividido entre meses lluviosos (invierno) y “seca” (intermitencia de lluvias/verano), y su irregularidad pluviométrica anual, crea una dinámica social y técnica para producir y alimentar a los animales durante la “seca”. El invierno suele durar, generalmente, de cuatro a cinco meses. Los primeros “chaparrones”, que aún no definen el invierno, se esperan entre los meses de diciembre y enero. A pesar de esta previsibilidad, en términos de inicio y distribución de lluvias de forma regular, los meses de invierno se distinguen anualmente. Si las lluvias no se distribuyen entre los cinco meses y se concentran en uno o dos, debido a las altas tasas de evaporación, las reservas de agua y la formación de pastos se verán comprometidas y el tiempo de “seca” será más largo. De este modo, el flujo de lluvias en invierno, su (in)regularidad interfiere directamente

---

13 Podemos estar de acuerdo con Woortmann (1987) en que las mujeres tienen la mayor parte del control sobre los recursos familiares y de parentesco, visto que desempeñan papeles fundamentales en la vida económica doméstica al crear alternativas para gestionar la economía, administrar los recursos y educar a los hijos. Seyferth (2006, p.4) afirma que “a las madres y abuelas se les asigna la tarea de guardianas de los valores culturales de una comunidad imaginada de iguales, debido a su importancia en los procesos de socialización”.





Ubicación de Piancó. Fuente: Google maps

con el volumen de pasto y con su rentabilidad en la “seca”. Si el “invierno fuera débil”, después de su finalización, en poco tiempo el pasto será consumido por los animales, y su renovación solo ocurrirá con las nuevas lluvias.



Sitio Santa Cruz, Piancó, enero de 2023. Foto de Joelma Batista do Nascimento.

El contexto socioeconómico de la ganadería en Piancó, en el interior de Paraíba, se divide en dos grupos: los que poseen más tierras, que contratan vaqueros para cuidar de los animales y alimentar a todo su rebaño con raciones durante la sequía, los “hacendados”, y los que solo utilizan a su grupo doméstico como mano de obra en este trabajo, los “criadores”. Estos últimos, también poseen sus propias tierras,

una pequeña concentración de hectáreas, fragmentada para la producción agrícola, de pastos y de palma forrajera (*Opuntia cochenillifera*). Sus recursos monetarios no son suficientes para alimentar a todo su rebaño con raciones durante la estación “seca”. A excepción de las “vacas lecheras”, el ganado se alimenta exclusivamente de pastos en ambas estaciones. Como consecuencia, los animales empiezan a perder peso y solo lo recuperan durante los primeros “chaparrones” del invierno siguiente.



Corte de palma para alimentar al ganado en la seca. Sítio Palha Amarela, diciembre de 2017. Foto de Joelma Batista do Nascimento

Esta dinámica ambiental, a pesar de crear un escenario de cambios anuales en las dos estaciones, y con ello situaciones adversas para la alimentación de los animales, no es vivida por los “criadores” de Paraíba como un determinante geográfico que imposibilite, salvo en situaciones extremas, la práctica de esta actividad. De forma similar a lo que Evans-Pritchard (1940) señala sobre el sistema ecológico entre los Nuer, se trata de un factor determinante en la construcción de las relaciones sociales y deberes, y nosotras añadiríamos, los saberes que se tejen desde su campo experiencial.

Los criadores desarrollan saberes y valores morales, un sentimiento de deber, de “cuidar para no dejar a los animales morir por falta de agua o pasto en la seca”. Definen el número de animales que venderán y los que se quedarán a partir de las señales que les da el invierno (será bueno o malo), del volumen de pasto producido y de la producción de maíz. Crean asociaciones entre ellos para sembrar junto con los que tienen más hectáreas de tierra, comparten el agua y los pastos para saciar el hambre y la sed de los animales durante la “seca”.

La cría de ganado en Piancó es considerada una actividad masculina. Esta definición no excluye a las mujeres de esta actividad, ya que desempeñan un rol importante en el manejo de los animales y en la higienización de los baldes y recipientes que almacenan la leche. Del mismo modo, la cría de gallinas, el cuidado de la casa, de los niños y de los animales domésticos se considera una actividad femenina, pero no excluye la participación de los hombres. En todas estas actividades, hombres y mujeres desempeñan un papel. El punto clave de esta definición es la categorización “responsabilidad”, el que se hace responsable de una determinada tarea, el que adquiere conocimientos de determinadas técnicas, el que tiene el deber moral de cuidar, adquiere saberes y entra a formar parte de redes de comercialización, gestiona recursos monetarios, inversiones y toma decisiones en torno a la venta de animales, que también requiere conocimientos especializados. A los hombres les corresponde aprender la técnica de ordeño, los conocimientos relacionados

con la alimentación del ganado y con las redes y saberes para la comercialización (ferias, asociaciones, carnicerías, criaderos) y las líneas de crédito. Las mujeres también desarrollan saberes y crean una red de sociabilidad para trabajar en el servicio doméstico y comercializar la producción de huevos. También son ellas las que aprenden y comparten entre sí los conocimientos sobre la producción de queso y nata y, en general, comercializan y gestionan los recursos de estos productos. Al insertarse en estas redes y desarrollar estos saberes, también acaban constituyendo su proceso de identidad, sus gustos y habilidades técnicas culinarias, con un ojo agudo y extremadamente exigente para la limpieza de la casa, las técnicas de sacrificio con las gallinas y la higienización de los recipientes de leche y la producción de *buchada*, alimento elaborado con las vísceras de cabras u ovejas. Del mismo modo, el cuidado del ganado por parte de los hombres agudiza su percepción de la personalidad, el afecto, las habilidades y el comportamiento de los animales. Estas características son herramientas para llevar a cabo su trabajo y es sobre la base de esta comprensión, construida a partir de la interacción diaria y continua con los animales, que los hombres crean lazos de afecto con el ganado.

Como hemos visto, la “responsabilidad” sitúa a hombres y mujeres en una red sociotécnica específica, en la que esta división sexual del trabajo habla de obligación, deberes y derechos. Vale agregar aquí que la asignación del cuidado del hogar a las mujeres y la adjudicación de la tarea de los hombres -la cría de ganado- como aquella que genera mayores ingresos entre las actividades rurales, se explica por la atribución social a los roles de “mujer casada” [ama de casa] y “padre de familia” [sostén de la familia]. Siguiendo la crítica de Strathern (2014) de no imputar nociones bien establecidas en nuestras categorías occidentales y verlas a la luz de la relación, los papeles atribuidos a las mujeres en el espacio doméstico y a los hombres en el espacio público no indican que experimenten el mismo orden patriarcal descrito en “Casa Grande y Senzala” (1933) del ensayista y cientista social Gilberto Freyre<sup>14</sup>, según el cual las mujeres no tienen autonomía financiera o de otro orden. Tampoco que los hombres sean los únicos proveedores de la casa, aunque sean considerados socialmente como tales y preserven su honor al garantizar la “feria de la casa”. Los arreglos familiares disponen de contextos variados, el ingreso de los hombres está concentrado en la cría de ganado, mientras que para las mujeres se extiende a la cría de gallinas, a la producción de quesos y nata, a la percepción del programa “Bolsa Familia” o a actividades salariales (profesoras, técnicas de enfermería, auxiliares de servicios generales, jornaleras). La renta de esas últimas puede incluso superar a la de los hombres, pero la alimentación de la familia será costeadada por los hombres.

### Actividades domésticas y con el ganado: saberes, deberes, cuidados, cansancios e invisibilidad

Además de cuidar del hogar, algunas mujeres también tenían otros trabajos remunerados. Aun así, siempre hacían sus tareas antes de salir de casa. A muchas de ellas ni siquiera les gustaba que sus maridos se ocuparan de las tareas domésticas, porque el trabajo estaba “mal hecho”. Los hombres, en cambio, decían que no les incomodaba hacerlo y que sabían cuidar de la casa, pero que, en caso de hacerlo rutinariamente, sentían la carga de ese trabajo, entonces, empezaban a percibirlo como “pesado”.

“Trabajo mal hecho” es una expresión que se utiliza para decir que el resultado del trabajo es insatisfactorio, decepcionante, que se ha hecho sin cuidado, con prisa y sin atención. Para saber y definir si un trabajo se ha hecho mal o bien, hay que saber hacer bien un trabajo. El conocimiento, la capacidad de darse cuenta, ver y señalar por qué esa práctica está o no bien hecha, se entretiene con el hacer, desarrollando una “educación de la atención”, tal y como la define Ingold (2010).

Silva (2022), al estudiar las narrativas de algunas mujeres para comprender cómo se convirtieron en trabajadoras domésticas y las implicaciones en sus trayectorias educativas, retrata cómo esta actividad, el cuidado del hogar y de los hijos, en Brasil ha sido históricamente atribuida a las mujeres. La autora describe

14 Obra clásica de la historia intelectual brasilera, de acuerdo con Vespa (2017) ocupa un lugar análogo al del “Facundo” de Domingo F. Sarmiento en la cultura argentina.

desde la perspectiva de su interlocutora Cláudia cómo “ordenar la casa, cocinar, lavar la ropa” es un campo de conocimiento, una enseñanza que había aprendido de su abuela y por ser del interior (Silva, 2022, p. 6).

La forma en que las esposas de los criadores definían el trabajo doméstico y juzgaban los “trabajos mal hechos” de los hombres se basaba en este campo de percepción que se fue formando a lo largo de su trayectoria como mujeres y de su contexto familiar y rural. Un día, el criador Zezinho comentó que su mujer Neidinha perdía mucho tiempo barriendo la casa, mientras que él realizaba rápidamente esta tarea. Al oír el comentario de su marido, Neidinha replicó inmediatamente: “También, ¡sin quitar una silla del suelo! [No parece que hubiera barrido]”. Para Neidinha barrer y cómo debía quedar ordenado el entorno tras esta acción era completamente distinto que para Zezinho. Su mirada atenta observaba y se daba cuenta de los más pequeños detalles en cada espacio entre y debajo de los muebles. Sentía disgusto [lo que le generaba estrés] con el desorden, con el “trabajo mal hecho”, y se regocijaba con la organización y la limpieza del espacio doméstico.

Estrés era una palabra que tanto hombres como mujeres utilizaban para hablar de su rutina trabajo y de cuidado de la casa y de los animales. Sin embargo, resonaba de forma vacía o con tonos diferentes cuando las mujeres se quejaban de sus maridos y cuando los hombres hablaban de su trabajo. Parecía que tanto hombres como mujeres, por estar involucrados en prácticas diferentes, aunque participaran uno en el trabajo del otro, no lograban percibir lo que causaba un estado emocional de estrés debido al exceso y a la rutina diaria de cuidado y trabajo, ya fuera con las actividades domésticas o con la cría de ganado.

Durham (1982) describe que, desde el modelo colonial, período de formación de la familia brasileña, la división sexual del trabajo atribuye a la mujer la responsabilidad del hogar y de los hijos, mientras que el hombre es reconocido socialmente como el proveedor de la familia.

Tanto el cuidado de la casa como el del ganado sitúan a mujeres y hombres en un marco moral de deberes de “mujer casada” y “padre de familia”, en el que cada uno se ubica dentro de una dinámica de particularidades. Para las mujeres, el cuidado de la casa es su “obligación” de “mujer casada”, su papel de cuidadora en la familia. Para los hombres, en cambio, cuidar de la familia significa asegurarse de que no falte alimento ni en la casa o ni para los animales. El cuidado, por tanto, deber moral de los criadores, se extiende a la familia y a los animales. Cabe destacar que estas prácticas no solo despiertan sentimientos de obligación, sino también de orgullo y placer [al ver una “casa limpia” y unos animales bien cuidados].

Los criadores se sienten profundamente angustiados durante el período de seca, especialmente cuando los pastos muestran signos de que no serán suficientes para alimentar a los animales hasta las próximas lluvias. Al ver que los pastos se secan y menguan, los animales pierden peso, los costes aumentan con la compra de raciones y la productividad lechera disminuye, se abre un escenario de incertidumbre para cubrir todos los gastos de alimentación de la cría y la familia.

La angustia de los hombres ante el temor de no disponer de recursos para alimentar a los animales y, en consecuencia, a su familia, le recuerda a Nascimento el mismo comportamiento por estrés de su madre, cabeza de familia, cuando ella era niña. Al igual que los “criadores”, su madre tenía un trabajo por cuenta propia vendiendo frutas y verduras en la ciudad de Piancó, que pasaba por períodos en los que los gastos superaban sus ventas y necesitaba recurrir a un capital de reserva. En esas ocasiones, el miedo a “quebrar”, a no disponer de capital circulante para hacer frente a los gastos del negocio y, en consecuencia, a perder la posibilidad de alimentar a sus hijos, la hacía estar siempre malhumorada y pelearse con todo el mundo sin motivo. La cuestión central, por tanto, es el papel social del proveedor, que, aunque se atribuye a los hombres, puede variar situacionalmente en función de los arreglos familiares. La cría de ganado categoriza al hombre como “padre de familia” y como “criador”, asumiendo un doble papel de proveedor: alimentar a la familia y alimentar a los animales, especialmente en tiempos de “seca”.

## Trabajo, ganado, afecto e gratitud



Criador Hilton preparando ración para los porcós. Sítio Santa Cruz, junio de 2018. Foto de Joelma Batista do Nascimento.



Criador Hilton ofrece las chalas de maíz a sus vacas. Sítio Santa Cruz, junio de 2018. Foto de Joelma Batista do Nascimento.

Porcher y Schimitt (2010) comienzan valientemente a cuestionar el concepto de trabajo en las ciencias sociales, especialmente en la sociología del trabajo, por atribuirlo únicamente a los seres humanos. Nos desafían a preguntarnos por las acciones de las vacas lecheras en el trabajo, si podemos definir las como trabajadoras o colaboradoras en el desarrollo de las tareas laborales. Hablar de animales como sujetos trabajadores, a pesar de ganar cierta notoriedad en estos días, sigue sonando extraño, salvo para quienes

conviven diariamente con animales en el trabajo. Esta percepción también es ajena a las esposas de los criadores.

Los criadores conciben y definen la categoría de trabajo a través de sus acciones y las de sus animales. Sus prácticas, su rendimiento laboral y la productividad de sus vacas lecheras se construyen junto con las habilidades y las individualidades psicológicas y emocionales de los animales. La técnica del “ordeño” “... requiere una contrapartida y una relación íntima con los animales, lo que hace que los criadores atribuyan un valor moral y afectivo a la leche” (Nascimento, 2022 p. 105), estableciendo una relación moral y afectiva con los animales a través del principio de *gratitud*.

Los investigadores Brandão y Klaas Woortmann, que tienen una importante trayectoria en el estudio del campesinado, describen el valor moral y afectivo como un aspecto central del mundo rural. Un valor que no restringe la tierra a una mercancía, sino que construye los valores del trabajo y de la familia (Klaas Woortmann, 1990, p.12). Sin embargo, a pesar de que el afecto es portador de lógicas y éticas del mundo rural, es una categoría que tiene poca relevancia sociológica (Brandão, 1999, p. 65).

El afecto que los criadores sienten por sus animales expresa respeto hacia el valor que tiene en/para su trabajo, porque sin ellos no hay cría, no hay producción lechera y, por lo tanto, no hay recursos materiales para mantener a la familia. Los criadores reconocen la importancia del intercambio de favores entre un grupo doméstico para cuidar de los animales, al mismo tiempo dan cuenta del trabajo y de los ingresos generados por él, por sus acciones individuales y las de su familia, así como por el trabajo de sus animales. El trabajo se define por las acciones y el compromiso cotidianos con una rutina para alimentar y ordeñar a las vacas lecheras, en la que los aspectos emocionales de los animales son fundamentales para moverlos, acercarse a ellos y desarrollar cualquier tipo de actividad. La productividad del trabajo, en este sentido, también se establece por los aspectos emocionales que circunscriben la relación entre el criador y el ganado.

En este sentido, el trabajo para los criadores no se deriva únicamente de su compromiso y sus acciones. Su autoridad, como afirman Meuret y Despret (2016), requiere una contrapartida por parte de los animales. Esto no significa que los mecanismos de fuerza y violencia sean inexistentes en esta actividad. Uno de los sentimientos más llamativos entre los criadores a la hora de tratar con el ganado es la pedagogía del miedo. A través de ella, criadores y animales sienten y perciben momentos en los que uno supone un riesgo para el otro. Este sentimiento es crucial para organizar las acciones en el trabajo, tanto para los criadores como para los animales. Un afecto que, como lo clasificaría Vinciane Despret (2004), se configura en una dimensión política a través del afecto de los cuerpos, en el que tanto humanos como animales aprenden, se constituyen, se comunican y se transforman mutuamente.

Los criadores desarrollan un afecto por su ganado, sobre todo, porque asumen que el trabajo no existe sin los animales y su colaboración. En consecuencia, el sustento de la familia y la generación de su patrimonio también provienen de la reproducción y el trabajo de los animales. Los criadores se sienten agradecidos y moralmente responsables de cuidar a los animales y no dejarlos morir por falta de cuidados o alimentos. Un sentimiento de deber, tal y como lo definió Mauss ([1925] 2003) con su teoría del don, una obligación, entre socios de intercambio, de dar, recibir y corresponder.

## Consideraciones Finales

Las narrativas etnográficas entre los indígenas potiguaras de la aldea de Jaraguá (en el litoral norte de Paraíba) y los criadores de Piancó (en la región del sertón de Paraíba) buscaron problematizar y construir herramientas conceptuales sobre las categorías de cuidado y trabajo sin partir de antagonismos, sino impulsadas por las acciones intencionales de los individuos y sus redes de sociabilidad, saberes, afectos y técnicas. La elección de seguir las acciones de los individuos y sus moralidades sociotécnicas nos ha llevado a comprender que la reproducción del grupo doméstico y su sostenibilidad se logra tanto a través del cuidado como del trabajo, sin dividirlos jerárquicamente en posiciones excluyentes o de mayor o menor

importancia. Aunque estas dos categorías se atribuyan socialmente a hombres y mujeres respectivamente, en la práctica son desempeñadas tanto por los unos como por las otras. El eje de nuestro artículo se refiere a la idea de que cada forma de organizar el trabajo se enfrenta con las capacidades y los límites de los saberes, de los intereses y de las formas de actuar y de apropiarse de los recursos presentes en el entorno de cada persona. Teniendo en cuenta que no existen técnicas innatas asociadas a un género determinado (Leroi-Gourhan, 1965), ni saberes exclusivos o “naturales” para cada sexo, los dominios de conocimiento que implican competencias diferentes se construyen a partir de los compromisos prácticos llevados a cabo por mujeres y hombres, en los que se teje un marco moral que les da sentido.

La dimensión moral de la economía doméstica, de la preservación del grupo doméstico, no se limita a las relaciones humanas, sino que se construye junto a los compromisos técnicos con el medio ambiente y con los animales. Una percepción experimentada por los criadores que reconfigura las ideas de trabajo y proveedor es que los animales son la posibilidad misma de la existencia del trabajo. Por lo tanto, el papel social de los criadores como proveedores de la familia solo se les puede atribuir a ellos con los animales, razón por la cual se sienten moralmente responsables del cuidado del ganado. Al dolor de ver morir a los animales por falta de agua o pastos se une la angustia de no poder mantener su hogar y la pérdida de un ser que ha ayudado al sustento familiar. Los animales, por tanto, también colaboran y comparten este valor moral de la familia, por lo que los criadores se sienten agradecidos con ellos y reconfiguran socialmente su papel de proveedores, en el que es su deber alimentar a la familia y a los animales. De este modo, el trabajo, el cuidado y los propios roles sociales atribuidos a los deberes morales de hombres y mujeres de reproducir la familia son categorías que se construyen y reconfiguran junto con sus sistemas sociotécnicos, los compromisos prácticos que experimentan estos individuos y la red de cooperación que se establece a partir de los valores morales del cuidado. Estas redes de colaboración, que forman parte de la sociabilidad tanto masculina como femenina, no son sólo ayuda mutua, sino un ámbito de intercambio de diversos tipos en el que desarrollan y reproducen aprendizajes, teniendo en cuenta las técnicas que utilizan para ello. En consecuencia, tanto los roles femeninos como los masculinos están instituidos por responsabilidades y deberes que implican emociones, afectos y conflictos y son socializados en el seno de los grupos domésticos.

## Bibliografía

- Amorim, Paulo Marcos. 1970. “Índios camponeses: os Potiguara de Baía da Traição”. Rio de Janeiro. Mestrado em Antropologia Social - MN-UFRJ.
- Araújo, Marianna de Queiroz. 2017. *Ecología doméstica e transação de conhecimento entre grupos domésticos potiguara da aldeia Jaraguá de Monte-Mór, PB*. Dissertação (Mestrado em Antropologia) – Universidade Federal da Paraíba, João Pessoa.
- \_\_\_\_\_. 2022. “Os modos de dominializar o espaço processos técnicos, moralidades e relações de gênero entre os Potiguara da aldeia Jaraguá (Paraíba, Brasil)”. *Espaço Ameríndio* (UFRGS), 16, 31-58.
- \_\_\_\_\_. 2023. “Organização doméstica, mulheres e suas habilidades técnicas: uma etnografia entre grupos domésticos potiguara da aldeia Jaraguá (Paraíba)”. Tese (Doutorado em Antropologia) – Universidade Federal da Paraíba, João Pessoa.
- Barbosa da Silva, Alexandra; Araújo de Queiroz, Marianna e Mura, Fabio. 2020. “Este é nosso meio de vida. Ecologia doméstica entre os Potiguara da Paraíba (Brasil)”. In: Padawer, A. (Comp.), *El mundo rural y sus técnicas*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Filosofía y Letras.
- Barth, Fredrik. 1987. *Cosmologies in the making: a generative approach to cultural variation in inner New Guinea*. Cambridge: Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_. 2000. “A análise da cultura nas sociedades complexas”. In: *O guru, o iniciador e outras variações antropológicas*. Rio de Janeiro: Contra Capa.
- Dainese, Grazielle. 2020. “Trabalhos, Ajudas e Gênero: um Olhar desde as Experiências das Mulheres da Terceira Margem-Minas Gerais/Brasil”. In: Palermo, Hernán M. & Capogrossi, M.L (dirs.). *Tratado Latinomericano de Antropología del Trabajo*. Buenos Aires: CLACSO, CEIL, CONICET; Córdoba: Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS). Pp.1213-1246.

- Heredia, Beatriz. 1979. *A morada da vida: trabalho familiar de pequenos produtores no Nordeste do Brasil*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Nascimento, Joelma Batista do. 2021. “Criações de Gado na Paraíba: tecendo a sobrevivência, domesticando afetos”. Tese (Doutorado em Antropologia) – Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, .
- \_\_\_\_\_. 2022. “Tirar leite entre criadores de gado na Paraíba: um campo de habilidades (humana e animal) para reter ou esvaziar o Úbere”. *Espaço Ameríndio* (UFRGS), 16, 31-58.
- Berger, Peter L. & Luckmann, Thomas. 1985. *A construção social da realidade*. Petrópolis, RJ: Vozes.
- Brandão, Carlos Rodrigues de. 1999. *O afeto da terra: imaginários, sensibilidades e motivações de relacionamentos com a natureza e o meio ambiente entre agricultores e criadores sítantes do bairro dos Pretos, nas encostas paulistas da serra da Mantiqueira, em Joanópolis*. Campinas, SP: Editora da Unicamp.
- Cardoso, Thiago Mot. & Guimarães, Gabriella Casimiro (Orgs.). 2012. “*Etnomapeamento dos Potiguara da Paraíba*”. Brasília: FUNAI/CGMT/CGETNO/CGGAM. (Série Experiências Indígenas, n. 2).
- Carsten, Janet. 2004. *After Kinship*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cohn, Clarice. 2013. “Concepção de infância e infâncias”. *Civitas* Porto Alegre. 13(2), 221-244.
- Despret, Vinciane. 2004. “The Body We Care For: Figures of Anthro-zoo-genesis”. *Body & Society*, 10(2-3), 111-134.
- Despret, Vinciane; Meuret, Michel. 2016. *Composer avec les mouthbons. Lorsque des brebis apprennent à leurs bergers à leur apprendre*. Francia: Cardère éditeur.
- Durham, Eunice Ribeiro. 1982. In: Família e casamento. III Encontro Nacional de Estudos Populacionais. Anais [...].
- \_\_\_\_\_. 1983. Família e reprodução humana. In: Franchetto, Bruna *et al* (Orgs). *Perspectivas antropológicas da mulher*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Elias, Norbert. 1980. *Introdução à sociologia*. Lisboa: Edições 70, 1980.
- Esquivel, Valéria. 2011. “La Economía del Cuidado: un recorrido conceptual”. In: Sanchís Norma (Org.). *Aportes al debate del desarrollo en América Latina: Una perspectiva feminista*. Buenos Aires. pp. 20- 30.
- Evans-Pritchard, E. E. 2005 [1940]. *Os Nuer*. São Paulo: Perspectiva.
- FASSIN, Didier. 2018. “Introdução. A questão moral em antropologia”. (p. 9-25). In: Fassin, Didier; Lézé, Samuel. *A questão moral? uma antologia*. Campinas: EdUNICAMP.
- Ferreira, Maria Mary. 1997. “Pesquisando Mulher e Gênero na Universidade Federal do Maranhão: 1975-1995”. In: Álvares, Maria Luzia Miranda; Santos, Eunice. *Desafios de Identidade: espaço – tempo de mulher*. Belém: CEJUP: GEPEN: REDOR.
- Firth, Raymond. 1974. “O contexto social da organização econômica”. In: FIRTH, *Elementos de organização social*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Fonseca, Claudia. 2004. *Família, fofoca e honra*. Porto Alegre: Ed. UFRGS.
- Fortes, Meyer. “O ciclo de desenvolvimento do grupo doméstico”. *Série Tradução*, n.05, 26p. 1958[2011]. Disponível em: <http://www.dan.unb.br/images/pdf/serietraducao/st%2005.pdf>.
- Froehlich, Graciela. 2015. “Trabalhar os animais, trabalhar com os animais: reflexões etnográficas sobre bem-estar animal em fazendas de criação de gado de corte”. *R@u - Revista de Antropologia da UFSCar*, 7(1), 108-125.
- Golé, C. 2023 (en prensa) “Nuevas posibilidades en la agricultura “tradicional” y sus emergentes contradicciones respecto del “modo de ser” en una comunidad mbya-guaraní del sudoeste misionero. In: Schiavoni, G.O. (comp.), *Los alimentos como objetos técnicos*. Posadas: Editorial Universitaria UnaM.
- Gomes De Almeida Filho, Paulo e Di Deus, Eduardo. 2019. “Apresentação. Dossiê: Abordagens antropológicas contemporâneas sobre técnica e tecnologia”. *Equatorial*, 6(10).
- Ingold, T. & Kurttila, T. 2000. “*Perceiving the environment in Finnish Lapland*”. In: *Body and Society*, 6(3-4),183-196.
- \_\_\_\_\_. 2010. “Da transmissão de representações à educação da atenção”. *Educação*, 33(1), 6-25.
- \_\_\_\_\_. 2010. *The perception of environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. London; New York, Routledge.



- \_\_\_\_\_. 2016. “Chega de etnografia! A educação da atenção como propósito da antropologia”. *Educação*, 39(3), 404-411.
- Koury, Mauro Guilherme Pinheiro. 2016. *Confiança e conflito entre iguais. Cultura emotiva e moralidade em um bairro popular*. Recife/João Pessoa: Bagaço/Edições do GREM.
- Lave, J. & Wenger, E. 1991. *Situated Learning: Legitimate peripheral participation*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Leroi-Gourhan, Andre. 1965. *O gesto e a palavra*. Lisboa, Portugal: Edições 70. Pp.85-104.
- \_\_\_\_\_. 1984. *Evolução e técnicas I: O homem e a matéria*. Lisboa, Portugal: Edições 70.
- Lucena, Jamerson B. 2016. “‘Índio é índio onde quer que more’: uma etnografia sobre indígenas Potiguara que vivem na região metropolitana de João Pessoa”. Dissertação (Mestrado em Antropologia) Universidade Federal da Paraíba, João Pessoa.
- Mauss, Marcel. 1974. “As Técnicas Corporais”. In: Marcel Mauss, *Sociologia e Antropologia*, vol. 2. São Paulo: EPU/EDUSP.
- \_\_\_\_\_. 2003 [1925]. “Ensaio sobre a dádiva – Forma e razão da troca nas sociedades arcaicas”. In: *Sociologia e antropologia*. São Paulo: Cosac & Naify. Pp. 183-294.
- Meillassoux, Claude. 1977. *Mulheres, Celeiros & Capitais*. Porto. Ed. Afrontamento.
- Moonen, Frans & MAIA, Luciano Mariz. 1992. *Etnohistória dos Índios Potiguara: Ensaio, Relatórios e Documentos*. João Pessoa: PR/PB-SEC/PB.
- Mura F. 2019. *Á procura do “bom viver”: território, tradição de conhecimento e ecologia doméstica entre os Kaiowa*, (Capítulo VI: Dinâmica territorial). Rio de Janeiro, Associação Brasileira de Antropologia.
- \_\_\_\_\_. 2011. “De sujeitos e objetos: um ensaio crítico de antropologia da técnica e da tecnologia”. *Horizontes antropológicos*, 17(36), 95- 125.
- Mura, F. y Padawer, A. 2022. “Procesos técnicos y tradiciones de conocimiento locales: miradas desde/hacia Brasil y Argentina”. Dossiê: Processos técnicos e tradições de conhecimento locais. *Espaço Ameríndio* (UFRGS), 16(3), 31-58. (Introducción)
- Nascimento, Joelma Batista do. 2021. “Criações de Gado na Paraíba: tecendo a sobrevivência, domesticando afetos”. Tese (Doutorado em Antropologia) – Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis.
- \_\_\_\_\_. 2022. “Tirar leite entre criadores de gado na Paraíba: um campo de habilidades (humana e animal) para reter ou esvaziar o úbere”. *Espaço Ameríndio*, Porto Alegre, 16(3), 81-107.
- Oliveira, João Pacheco de. 2004. “Uma etnologia dos ‘índios misturados’? Situação colonial, territorialização e fluxos culturais”. In J. P. de Oliveira (Org.). *A viagem da volta: Etnicidade, Política e Reelaboração Cultural no Nordeste Indígena*. Rio de Janeiro: Contra Capa.
- Padawer, A. 2020. “Estudios sociales sobre la producción de conocimiento en la agricultura familiar, la capitalización mediana, la agroindustria y sus agendas públicas”. En Padawer, A. (Comp.), *El mundo rural y sus técnicas*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Filosofía y Letras. (Introducción).
- Palitot, Estevão Martins. 2005. “Os Potiguara da Baía da Traição e Mont-Mor: história, etnicidade cultura”. Dissertação (Mestrado em Sociologia) – Universidade Federal da Paraíba, João Pessoa.
- Paulilo, Maria Ignez. 1987. “O peso do trabalho leve”. *Ciência Hoje*, 5(28).
- \_\_\_\_\_. 2004. “Trabalho familiar: uma categoria esquecida de análise”. *Revista Estudos Feministas*, 12(1), 1-18.
- \_\_\_\_\_. 2021. “Feminismo Camponês e popular e pós-modernismo”. *Estudos Sociedade e Agricultura*, 29(2), 253-277.
- Porcher, Jocelyne. 2014. *Vivre avec les animaux: Une Utopie pour le XXI siècle*. Paris: La Découverte.
- Porcher, Jocelyne; Schmitt, Tiphaine. 2010. “Les vaches collaborent-elles au travail”. *Revue du MAUSS*, 1(35), 235-261.
- Seyferth, Giralda. Imigração e Etnicidade: a mulher imigrante e a simbólica da identidade de grupo. Seminário Internacional Fazendo Gênero. ST. 55: Migrações do passado e do presente: uma análise cruzando gênero, etnicidade e preconceitos. *Anais*. Universidade Federal de Santa Catarina. Disponível en: [http://www.fazendogenero.ufsc.br/7/artigos/G/Giralda\\_Seyferth\\_55.pdf](http://www.fazendogenero.ufsc.br/7/artigos/G/Giralda_Seyferth_55.pdf).
- Silva, Laenia Nascimento da. 2021. “Campesinato, grupo doméstico e gênero: o cotidiano de vaqueiros e mulheres no interior cearense”. *Revista Homem, Espaço e Tempo*, 15(2), 63-81.
- Silva, Adara Pereira da. 2022. “Tornar-se trabalhadora doméstica: como a educação media este processo”. In: *Reunião Brasileira de Antropologia, evento on-line. Anais [...]*.

- Vieira, José Glebson. 1999. “O regime de índios “misturados”. O processo de (re)construção da identidade étnica indígena Potiguara”. Campina Grande. Monografia. Curso de Bacharelado em Ciências Sociais. Universidade Federal da Paraíba.
- Strathern, Marilyn. 2014. “O efeito etnográfico e outros ensaios”. São Paulo: Cosac Naify.
- Wilk, Richard R. 1984. “Households in Process: agricultural change and domestic transformation among the Kekchi Maya of Belize”. In: R. McC. Netting; R. R. Wilk; E. J. Arnold (editors), *Households. Comparative and historical studies of the domestic group*. Berkeley: University of California Press.
- Woortmann, Klaas. 1987. *A Família das Mulheres*. Rio de Janeiro- Brasília - CNPQ: Tempo Brasileiro.
- \_\_\_\_\_. 1990. “Com parente não se neguceia’ O campesinato como ordem moral”. *Revista Anuário Antropológico*, Editora Universidade de Brasília, Tempo Brasileiro 87.